

EJERCICIOS RECREATIVOS

(Sports)

Desde tiempos muy remotos, las gentes de todas las naciones, tanto las civilizadas como las inferiores, han tenido ejercicios recreativos, que las primeras llaman hoy *sports*. De estos hay muchos modernos, pero hay otros que son modificaciones de los antiguos.

De los primeros se conocen principalmente los llamados: carreras a caballo, cricket, foot-ball, golfo, lown-tenis, polo, etc., etc.

Entre los segundos, cuyo origen no es posible fijar con precisión, se encuentran las carreras a pie, la lucha, el salto y el lanzamiento de un disco pesado y de otros objetos a grandes distancias. En estos, las actitudes corporales de los luchadores griegos de los tiempos heroicos, tuvieron una grande influencia en las artes plásticas, por la belleza de la ejecución de aquellas estatuas que se admiran en los museos que tienen la fortuna de poseerlas; sorprendentes en la corrección de sus líneas y por la interpretación de las funciones musculares en las variadas actitudes del ejercicio recreativo.

Los antiguos escultores griegos reprodujeron la forma humana con maravillosa exactitud anatómica, como se ve por el estudio de algunas de sus obras, tales como el Teseo de Fidias, el Jano en reposo de Lisipo y de Praxiteles, el Gladiador de Agasias, y el Discóbolo de Mirón, mármol que existe en Roma en el Palacio del príncipe Máximo.

Las costumbres de los pueblos griegos de la antigüedad, les permitían vestidos tan sencillos, que casi afectaban una semi-desnudez del cuerpo, circunstancia que aprovechaban los escultores para estudiar una anatomía plástica superficial, en los atletas de aquellos juegos olímpicos, que se disputaban el premio de verse reproducidos en un bloque de mármol, por el artista

que seguía atentamente todos los relieves de su cuerpo en las diferentes actitudes y funciones de todas las energías corporales.

* * *

De los ejercicios recreativos que han existido desde los tiempos de los que no se puede evocar memoria, tenemos el juego de la pelota; pero la fuente de ese *sport* reglamentado en las condiciones del arte moderno, se encuentra en la cordillera de los Pirineos; en los pueblos que habitan tanto las faldas españolas como las francesas, que son como un semillero desde donde se ha difundido este *sport* en todo el mundo.

En las provincias españolas de la raza de los vascos el juego de la pelota domina a sus habitantes con un entusiasmo que raya en delirio: los niños, los jóvenes, los hombres de todas las clases sociales, los militares y aun las mujeres, consideran este juego como el único placer a que pueden dedicarse. Aun los pueblos más pequeños tienen su lugar para esta recreación; ordinariamente es una plaza situada cerca de la iglesia para estar los concurrentes listos al salir de ella para dedicarse a la pelota. Se dice por esto que «una agrupación de vascos se resume en dos afectos: la religión y el juego nacional.»

Existen dos variedades del juego de la pelota: el de *rebote* y el llamado *blayd*. Se diferencian en que, en el primero los jugadores se lanzan la pelota de un campo a otro en un espacio cerrado que presenta ciertas disposiciones especiales y que se llama *trinquete*; mientras que en el *blayd* la arrojan contra un muro llamado *frontón*. El juego de rebote ha sido descuidado aun por los vascos de su origen, por ser preferido al llamado *blayd*, que consiste en lanzar contra el *frontón* la pelota que debe ser detenida y relanzada por la parte adversa, sea antes de que ella haya tocado la tierra,

sea después del primer bote. Tres medios de ejecución se emplean en el *blayd*: el de pelotazo con la *chistera*, el pelotazo con la mano desnuda y el de pelotazo con la pala. En el primer caso es lanzada la pelota con un guante de mimbre llamado *chistera*, en el segundo con la palma de la mano y en el tercero por medio de una raqueta de madera llamada pala.

El pelotazo (*blayd*) con la *chistera*, es la variedad más común en los países fuera de los vascos y se practica sobre una localidad en la que se ha construido un *frontón*. El más común y más sencillo es de un solo muro y de una pista en donde se colocan los jugadores. Generalmente el muro es redondo en su mitad, construido de piedra o de materia sólida; no tiene dimensiones estrictamente fijas; puede ser en la mitad de una altura de 9 metros y en los costados de 7 con 50 centímetros. Delante de la mitad del muro hay un cuadro de 5 metros de lado, de piedra o cemento, donde se coloca el iniciador del juego o el que ha de servir la pelota, la que ha de rebotar con regularidad.

La pista de la misma anchura del muro, debe tener una longitud muy grande, 100 metros cuando el juego es de rebote pero en el *blayd* bastan 65 metros. La raya, límite que la pelota debe pasar para el servicio, atraviesa la pista en su anchura y a una distancia de 25 metros del muro.

El número de jugadores puede ser de seis, divididos en dos campos, que se distinguirán por el color de la banda que llevarán en la cintura (rojo y azul). Los dos primeros se colocarán adelante a la izquierda y derecha del muro, al que darán el frente; el tercero estará atrás en la extremidad de la pista. Se sacará a la suerte el que debe principiar el juego; éste tomará la pelota, y después de haberla hecho rebotar del suelo, la lanzará contra el muro, de manera que ella sea enviada más allá de la línea de servicio. Los jugadores

del campo opuesto se esforzarán en coger la pelota al tiempo de su caída y el que la obtenga la relanzará contra el muro; y la lucha se continuará de la manera siguiente: arrojada la pelota por un azul debe cogerla y relanzarla un rojo; y recíprocamente, dura este juego alternativo hasta que se haya cometido una falla, la que tiene lugar:

1.º Si la pelota choca con el muro por debajo de una banda metálica o marcada con color que lo atraviesa en toda su extensión, y a 90 o 100 centímetros encima del suelo.

2.º Si no fuese cogida en el aire o al primer salto o bote del suelo;

3.º Si saliese de los límites de la pista marcada.

Para el juego con la *chistera*, debe tener la pelota un peso reglamentario de 118 a 120 gramos. Está formada de cintas de caucho delgadas envueltas y apretadas en forma redonda, y su peso en caucho varía entre 35 y 50 gramos. El peso total se completa con hilo enrollado sobre el núcleo de caucho; y se le pone un forro de dos cubiertas de piel de cordero, la primera más delgada que la segunda, las que cosidas estando húmedas se distienden al secarse; debe quedar perfectamente redonda (esférica).

La *chistera* con la cual se coge y se lanza la pelota contra el frontón, presenta la forma de un guante de un solo dedo o de una grande uña encorvada, construida con mimbres de castaño, teniendo en la extremidad más ancha, un guante de piel en el que se introduce la mano derecha, y se sujeta al puño por medio de una cinta de lana, dejándole completa libertad para los movimientos. Las dimensiones y la forma de la *chistera* pueden variar algún tanto a voluntad del jugador.

Tres jueces nombrados por la asamblea de jugadores, decidirán de las cuestiones de controversia que

se susciten, según el reglamento que se adopte sobre las bases indicadas.

El aprendizaje del juego de la pelota con *chistera*, exige perseverante ejercicio, pero el aprendiz no debe desalentarse con los insucesos. Los vascos que, desde muy niños juegan todos a la pelota con la mano desnuda, pronto se hacen jugadores hábiles con la *chistera*.

* * *

Dejámos expuesto a grandes rasgos, el juego de la pelota practicado por las gentes civilizadas del continente europeo; veamos ahora lo que de este *sport* encontraron los conquistadores españoles, entre los salvajes de las regiones ecuatoriales del nuevo continente.

Es muy interesante recordar aquí, lo que dicen los historiadores, principalmente el Padre Gumilla en su libro del Orinoco, sobre el juego indígena americano, porque puede aventurarse la sospecha de que en los primeros éxodos que invadieron y poblaron la América pudieron venir posiciones de la raza de los vascos, pues así lo cree Humboldt; y podría explicarse entonces, la difusión de este *sport* en la América ecuatorial.

Los otomacos, pueblo indígena de las riveras del Orinoco, tenían sus *trinquetes* para el juego de la pelota; y aunque sólo jugaban el de rebote, en éste no eran inferiores en entusiasmo y energía a los jugadores vascos. El pueblo varonil dividíase en dos porciones según lo disponían los jefes: una destinada a la pesca, a la caza y a las faenas agrícolas; y la otra esperaba su turno para el siguiente día pero no quedaban inactivos pues esta era la ocasión de los pelotazos en su violento ejercicio recreativo.

Se reunían en un hermoso y limpio *trinquete* en las cercanías del pueblo, algo apartado de sus bohíos. Se ejecutaba el juego en campo abierto, entre 24 jugadores, 12 de un bando y 12 de otro. Consignaban el

valor de la apuesta, que animaba el interés de la ganancia, el cual ordinariamente consistía en canastas de maíz o en otros objetos que podían disponer en sus casas. Los espectadores también se dividían en bandos, apostando a favor o en contra de los jugadores. Ambos partidos quedaban sometidos a los jueces designados para decidir los casos de disputa que solían ocurrir.

La pelota era esférica, de caucho y del tamaño de una bola más gruesa que el puño cerrado; suficientemente elástica para que dejándola caer rebotase a la altura de un hombre. Solamente era permitido lanzarla y recibirla con el hombro derecho, pues tocando en cualquier otra parte del cuerpo el jugador perdía un punto o raya. La agilidad y destreza era tal, en ir y venir, para recibir la pelota, que podían ejecutarlo hasta doce veces de seguida, sin dejarla caer en el suelo y aún más. Ocurría el caso que al correr la pelota arrasada se arrojaba el indio con todo el cuerpo contra ella para levantarla en el aire con el hombro. La violencia del pelotazo recibido varias veces hacía endurecer la piel y formarse callo.

Duraba el juego hasta medio día y entre tanto las mujeres se dedicaban a sus ocupaciones domésticas, o a fabricar ollas, platos, escudillos y otros objetos de barro muy fino, para su menaje o para la venta; tejían esteras, canastas de mimbres y redes de palma de muriche para preservarse de los insectos durante el sueño. Las madres enseñaban a sus hijas pequeñas todas estas labores; pero llegado el descanso para los hombres les reemplazaban las mujeres en el *trinquete* con iguales derechos y obligaciones. Cada otomaca cogía una pala de madera, redonda como una raqueta, de una tercia de vara de ancha; en la parte opuesta con un mango para cogerla a dos manos y para recibir y lanzar la pelota con tal violencia que ningún indio se atrevía a recibir un pelotazo de mujer alguna.

Se distribuían las jugadoras en dos partidos de doce cada uno, al principio empezaban a jugar las mujeres cuyos maridos estaban presentes, los que formaban también sus partidos; pero ya sobre tarde se aumentaba el número de jugadoras hasta 24 en cada partido, sin confusión porque cada cual, mujeres como hombres, guardaban su puesto y ninguna quitaba la pelota que le pertenecía a otra.

Este ejercicio violento, más los ardores del clima y del sol congestionaban la circulación sanguínea en diferentes órganos, lo que los jugadores conocían por su agitación, y entonces, recurrían para combatirla a una operación que sólo ellos eran capaces de ejecutar: con una punta agudísima se rajaban la piel de las piernas, de los muslos y de los brazos, de los que derramaban sangre en abundancia sin que manifestasen dolor, pues no dejaban de prestar atención a las evoluciones de la pelota; parecía que ejecutaban a ciegas esta operación sangrienta. Detenían la hemorragia arrojándose al río o aplicándose barro de la orilla. Con esta sangría evitaban la fiebre y otras enfermedades.

El Padre Rojas, en su historia de Cinalva, dice que halló en la Nueva España, el juego de la pelota usado también por los indios antillanos, lo que confirma el historiador Oviedo de la manera siguiente: los pueblos de la isla española tenían cerca sus labranzas de yuca, de maíz y de árboles frutales. En cada pueblo, dentro y aun en su salida había un lugar 'o *trinquete* para el juego de la pelota, con asientos de piedra para los espectadores, presididos por el cacique o por las personas principales, las que ocupaban banquillos llamados *duhos*, hechos de madera fina y labrados de diferentes figuras en relieve. Llamaban *baty* al lugar destinado para el juego; y a la pelota *bato*; éstas eran de raíces de árboles mezcladas con yerbas y zumos (probablemente de caucho) que le daban el aspecto de

pez; después que estaba seca era muy liviana y elástica, y rebotaba muchas veces sobre el suelo.

Distribuidos los jugadores en dos partidos de 10 o de 20 cada uno y aún más, y colocados en torno, principiaba el ejercicio vigoroso arrojando la pelota y haciéndola rebotar con más libertad que en el método de los otomacos, pues la jugaban con la cabeza, con los hombros, con la cadera, con la rodilla y con los codos; y con mucha presteza, sin dejarla caer.

En Boriquen (hoy Puerto Rico) de las grandes Antillas, jugaban el *bato* o pelota lo mismo que los haitianos (Bachiller).

El Padre Rojas, citado, dice que en las misiones de la Nueva España (México) los indios Acaxces de la serranía de Topia, que estaban a cargo de la Compañía de Jesús, tenían el mismo juego.

Por lo expuesto, repetimos que es permitido sospechar que el juego de la pelota no surgió espontáneamente, si así puede decirse, entre los indios de estas regiones americanas, sino que probablemente fue importado por los vascos que vinieron en los éxodos que las invadieron y poblaron; los vascos fueron también gentes vigorosas y navegantes que se difundieron en todo el orbe.

Implantado este sport, bien reglamentado, en los colegios, sería muy provechoso para vigorizar el organismo juvenil y para alejar del espíritu las pasiones innobles, que se adueñan de él por la inactividad corporal y además se cumpliría el aforismo que dice: *Mens sana in corpore sano*.

LIBORIO ZERDA